

## Enseñar y, sobre todo, aprender Un relato más que una lección

**Felisa Elizondo**

Universidad Pontificia de Salamanca

Aunque esta sesión se considera una *ultima lectio*, me he permitido cambiar el formato y, a modo de memoria de los años de trabajo en el ancho mundo de la Teología, ensartar algunos recuerdos que componen algo así como el *relato de un aprendizaje*, un aprendizaje en compañía.

Hace tiempo, en una serie de perfiles reunidos por Juan Bosch en *Panorama de la Teología en España* (Estella 1999) resumía mi breve presentación con esta frase: *Entre las Humanidades y la Teología*. Junto con el mío, había en aquel recuento algunos otros nombres de mujer, y me satisface comprobar que ha aumentado su número en los listados y panoramas más recientes. Más que insistir en la desproporción que todavía sigue dándose entre firmas masculinas y femeninas en este terreno, prefiero aplicar a lo sucedido con la entrada de las mujeres en la teología la imagen de con la que Marie-Thérèse Van Lunen-Chenu se refería a los comienzos del feminismo: unas pequeñas embarcaciones se hacían a la mar, y alegrarme de haber conocido años en que también en el campo inexplorado de la teología sucediera algo semejante. Ahora mismo son un número notable las que siguen en ruta, aunque haya que aceptar que todavía son bastantes más los colegas varones que viajan...en transatlántico por estos mares. No entraré, por supuesto en la discusión, siempre posible, de las diferencias de estilo ni en los méritos de unas y otros.

Mi ingreso en este campo se debió a que el Concilio había abierto una brecha y era posible que voces no graves pudieran oírse en las aulas de las Facultades teológicas. De hecho, en algunos momentos, probé la extrañeza que la mía causaba en el ambiente de la Universidad de Santo Tomás, en Roma y en un año emblemático

como fue 1968. “Profesores, nos hacéis envejecer”, “No se enamora uno del 5% ni del 5’5% “,”La imaginación al poder” y eslóganes semejantes se podían leer en las pintadas que cubrían los muros de algunas universidades europeas.

Camino de la Pontificia de Santo Tomás (*Angelicum*), en octubre de aquel año y en la primavera del siguiente, recuerdo haber pasado por entre centenares de pacíficos y pasivos *hippies* que ocupaban los márgenes de *Piazza Venezia*. Y haber encontrado manifestaciones contra la represión de la primavera de Praga muy cerca de la sede del Partido Comunista italiano, que empezaba a disentir de Moscú a la vez que contemplaba movimientos radicales e inquietos a su propia izquierda. Ecos de lo que sucedía en las calles o en los campus de otras universidades llegaban hasta las propias facultades teológicas, que no podían sustraerse a la viveza de algunos debates políticos ni a la “ruptura cultural” que algunos analistas diagnosticaban por entonces.

Creo que mi acceso a estos estudios al poco tiempo de haber terminado los anteriores en la Universidad de Barcelona, obedeció a la simple convicción de que la teología, como otras áreas de especialización universitaria, podía ser abordada sin hacer caso de las pretendidas diferencias entre capacidades masculinas y femeninas. Confieso que, al inscribirme en la Facultad de Teología, aunque advertí cierta sorpresa en quienes me recibieron, no se me pasó por la mente algo así como una afirmación o una reivindicación feminista. El feminismo tendría más audiencia en los años 70 y por entonces sólo había percibido algunos ecos de ese movimiento, si bien ya en algunas publicaciones que circulaban el tema de “la mujer” venía adquiriendo relieve con acentos críticos. Por entonces yo misma colaboraba en dos revistas que prestaban atención a la “promoción” y dignificación de las mujeres

Así, en años inquietos, comenzó mi aprendizaje con ayuda de maestros y materiales que mostraban una clara voluntad de renovación. Algunos laicos –pocos– y un muy escaso número de mujeres iniciaban en las universidades pontificias los cursos que conducían a la licenciatura y doctorado en Teología.

Al venir de estudios de Humanidades (Clásicas) y con el limitado bagaje de algunas “teologías para universitarios”, al uso en aquellos mismos años, no tuve que desembarazarme - como ha visto que ha ocurrido a otros - de una escolástica esclerotizada. Algunos cursos eran todavía impartidos en un latín que a mis oídos sonaba con acento alemán u holandés pues era utilizado por profesores provenientes de aquellos países. Era el latín eclesiástico, no el de los

textos clásicos que anteriormente me habían ocupado horas de traducción, pero que no me resultó difícil de seguir, aunque se advertía la dificultad de su uso para exponer las cuestiones más vivas, algo que se habían puesto en evidencia en los propios debates conciliares.

De la antigua biblioteca de la Universidad conservo la imagen de hileras interminables de volúmenes que recogían las obras de los grandes de la tradición cristiana. Sólo la serie de tomos del *Index Thomisticus*, que la entonces novedosa informatización había hecho posible y que más adelante habría de consultar, ocupaba un espacio notable. Ya esa visión me obligó a reconocer, como advertían los medievales, que “somos enanos a hombros de gigantes”. Lo que no contradice sino que encaja muy bien con un modo de comprender la Tradición como “un río que con sus aguas renueva constantemente el cauce” que había encontrado formulado en H. de Lubac. De hecho, en la forma sintética de sus “paradojas”, varias veces editadas, ha dejado escrito que “nada se conserva intacto sin esfuerzo. La repetición de fórmulas no asegura la transmisión del pensamiento. No se puede confiar un tesoro doctrinal a la pasividad de la memoria. Es necesario que la inteligencia participe en su conservación reinventándolo constantemente, por decirlo de alguna manera”. Y concluye que “para que el río de la Tradición llegue hasta nosotros hay que dragar contantemente su lecho”<sup>1</sup>.

Recogí asimismo la advertencia de que “necesitamos tanto más de la verdadera tradición cuanto es más lo que hemos de innovar” en alguno de los trabajos de Jean Leclercq. Este reconocido historiador de la espiritualidad medieval ha asegurado repetidas veces que las fuentes conservan su valor de actualidad y que son posibles evoluciones fecundas en la medida que el arraigo en ellas es sólido: “Para que las ideas antiguas permanezcan jóvenes, cada generación necesita pensarlas y descubrirlas como si fueran nuevas”<sup>2</sup>.

Esta comprensión de la tradición como realidad viva, y la apertura a nuevos enfoques y lenguajes en el campo que empezaba por entonces a explorar, me ayudaron a captar algo de lo que podía

<sup>1</sup> *Paradojas seguidas de Nuevas paradojas*, ed original 1959, traducción española, Madrid 1999, 11. En el mismo sentido: Y M. Congar, *La Tradición y las tradiciones*, Andorra 1964, donde entre otras afirmaciones de interés se lee: “la Tradición es arteria viva que, en el acto mismo de transmitir, realiza un crecimiento de la vida misma que comunica” (p. 108)

<sup>2</sup> *L'amour des lettres et le désir de Dieu*, ed. original 1957, 3º ed. Paris 1990, 39.

significar el *aggiornamento* que había presidido la convocatoria y las sesiones del Vaticano II, recordado entonces como un acontecimiento reciente.

Ciertamente, en el hervidero del inmediato postconcilio, que coincidía con el final de los años 60 y los comienzos de los 70, se podía percibir la voluntad de renovar tanto en el número creciente de publicaciones teológicas como en la actitud de los mejores profesores. Reconocer lo enorme del nuevo campo y ver que otros muy avezados reemprendían su tarea me ayudó a entender que el aprendizaje sería inacabable y, aceptar más adelante que enseñar iba a suponer, sobre todo, seguir aprendiendo.

Alterné los estudios con algunas clases de teología a grupos de universitarias de distintas ramas, Preparé la tesis de tesis de doctorado, trabajo en el que analicé la *experiencia* como forma de conocer altamente valorada en un autor de la envergadura de Tomás de Aquino. El estudio de tratados como el *De Homine*, me obligó a entrar en cuestiones de antropología y epistemología que iban a acompañarme más tarde, aunque en aquella primera búsqueda no fuera capaz de medir su alcance<sup>3</sup>. Tras la defensa de la tesis en 1988, empezó mi tiempo de docencia en la actual Facultad de San Dámaso y en seguida, con más dedicación, en este Instituto Superior de Pastoral.

#### EN EL INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL

Mi primera subida a la tarima aquí fue ocasional – aunque seguramente “pensada” por quienes dirigían o programaban los cursos de este Instituto. Fue en una sesión de la que hemos venido llamando “lectura creyente de la actualidad” dedicada a la exhortación *Mulieris Dignitatem* (1988). Un documento que tiene una obertura interesante para profundizar en el *ser* y la *dignidad* de las mujeres a la que sigue la consideración que merecieron de parte de Jesús. Pero que ofrece también unas “variaciones” finales sobre el tema – sobre todo a propósito del sacerdocio ordenado - que crearon incomodidad. Aquella invitación del entonces director, Juan

<sup>3</sup> Los capítulos centrales de la tesis se publicaron por separado y seguidamente en el volumen: *Conocer por experiencia. Un estudio de sus modos y valoración en la Summa Theologica*, Ediciones de la RET, 1992

Martín Velasco, debió servir a mis futuros colegas y a los jóvenes estudiantes de Teología pastoral para hacerse a la idea de que ciertas cuestiones podían ser abordadas desde este otro lado de la humanidad que somos las mujeres.

No debió sonar demasiado disonante mi voz, y pronto empecé a preparar el programa de *Antropología Teológica* que había desarrollado con anterioridad Miguel Benzo. El día de la primera sesión me acompañaron amablemente hasta la puerta del aula dos colegas de talla considerable: Luis Maldonado y Julio López Sainz de Rozas, este último de entrañable memoria pues fue el primero de mis colegas que nos dejó.

Recuerdo también que cuando entré por primera vez en una reunión de claustro en la Facultad de Teología de Salamanca, el P. Maximiliano García Cordero, ya entrado en años, me regaló una edición de bolsillo de la Biblia que había traducido junto con otros ilustres estudiosos, y que D. Felipe Fernández Ramos, uno de los profesores veteranos, me saludó quitándose el sombrero que llevaba para protegerse del frío en un simpático alarde de caballero leonés.

En aquella sede de Salamanca, el curso 1996-97 continué el programa de Antropología que había iniciado Juan Luis Ruiz de la Peña, un admirado profesor cuya llamada telefónica pidiéndome que le sustituyera al agravarse su enfermedad me hizo vencer la timidez de seguir a un "grande". Recuerdo haber dado la primera clase sin poder evitar las lágrimas porque los alumnos habían colgado su fotografía en el aula. Y que el delegado de curso, un buen profesor ahora mismo, me escribió al final una bonita carta diciéndome que se le había quedado grabada aquella mañana.

Pero ha sido este Instituto de Pastoral ha sido la casa - y para mí decir "casa" no es poca cosa porque vengo de la "cultura la casa del caserío" - donde he vivido el binomio cuyos términos no puedo separar: *enseñar* y, sobre todo, *aprender*. Al ordenar papeles en este final de curso he topado con los programas impresos a lo largo de dos decenios y he encontrado un buen número de los de *Antropología Teológica*, los también numerosos de *Escatología*, y otros más, preparados para cursos o seminarios como *Comunicación humana y comunicación en la fe*; *El dolor en la experiencia humana*; *El Dios cristiano*; *Las mujeres en el cristianismo*; *El laicado en la Iglesia* y últimamente *Las formas de vida cristiana*,

Son programas que han tenido sus *addenda et corrigenda* ya que cada curso trae siempre novedades que hay que registrar y no

hay una *Theologia perennis*, sino una teología afectada por el tiempo y las situaciones que varían. Abarcan un conjunto de temas que me han tenido entretenida muchas horas. Más de una vez me he preguntado si lo extenso de la temática podría excusarme de no haber profundizado como las cuestiones abordadas merecían. O de haber escrito poco en comparación con lo que han ido dejando impreso otros profesores que han desarrollado una actividad semejante en estos y en anteriores decenios. En mi bibliografía priman los trabajos en colaboración los artículos con mi firma responden a temas que pueden encuadrarse en el área de la teología o la espiritualidad, pero otros responden también a novedades literarias o a problemas abordados desde las publicaciones varias en que he venido colaborando.

Como es natural, para aprender y preparar programas variados he tenido que leer bastante. Pero he padecido –lo confieso– una cierta timidez para hablar con la fijeza de la escritura sobre cuestiones que no dejan de producirme cierto vértigo cuando me asomo a ellas. Espero que los alumnos/as hayan podido percibir mis búsquedas y tanteos, y confío haber llegado a comunicar algo de los hallazgos y, desde luego, el deseo de seguir buscando. Para mi, el axioma *Fides quaerens intellectum* podría traducirse también como “la fe, siempre misteriosa, nunca del todo analizable, busca ser pensada y dicha de la manera menos inadecuada posible en cada tiempo y en cada curso también” (traducción, por supuesto, libre y para uso personal).

Como esa de esperar, he necesitado dedicar tiempo y atención considerables a la lectura de autores y obras insustituibles en el mundo de la teología y de otros tantos que considero fundamentales a la hora de plantear cuestiones bien actuales. Pero he padecido –lo confieso– una cierta timidez para hablar con la fijeza de la escritura sobre cuestiones que no dejan de producirme cierto vértigo cuando me asomo a ellas. Quizá por eso me he apropiado de lo que otros han escrito y siguen escribiendo con lenguaje ajustado y bello, acogéndolo y pasándolo por mi modo propio de entender y de decir. Me ha gustado reunir en algo que podría llamar una “antología personal” páginas o textos breves que hablan inmejorablemente de aquello que he tenido que enseñar. Creo que expresar aprecio y admiración por lo que teólogos, filósofos o literatos han sabido decir con verdad y belleza al mismo tiempo es, desde luego, honradez intelectual pero también un modo de enseñar invitando a aprender de los mejores: “Enseñar a otro el camino –decía Ennio, un viejo gramático– es dejarle encender su antorcha en la mía” .

Si se me permiten más justificaciones de este modo de proceder, apelaré a un aviso que se atribuye a Gandhi: “si todos somos maestros, ¿quién será discípulo?”, para recomendar que todos debiéramos considerarnos siempre aprendices. Y añadiré que una gran mujer y filósofa de talento, Edith Stein, ha dejado constancia de su satisfacción cuando, al pasar del idealismo a la fenomenología, que en el *recibir* se le ofrecía una hondura de conocimiento que anteriormente no sospechaba <sup>4</sup>.

Por esas y más razones creo que no ha sido tiempo baldío el que he tenido que invertir en aprender de otros, en “recibir”.

Estoy convencida también de que en ayuda de una teología que quiera estar atenta a la vida vienen otros saberes y las artes, que nos descubre flancos y profundidades de lo humano que no podríamos sospechar ni sondear sólo por nuestra cuenta. Cierta afición a la literatura – una “epifanía de la existencia” (Cl. Magris) – me ha llevado a no abandonarla del todo. Algo de fruto dieron algunas lecturas cuando me hice cargo de un curso sobre *Dios en la literatura*. Pero muchas veces y en distintos temas he recurrido al terreno literario por entender que, en tiempos de increencia, no faltan pensadores, escritores (y científicos) que apuntan a su modo a lo que nos trasciende, “al norte del futuro”, en frase de R. Char, y que somos en buena parte lo que otros nos muestran que somos capaces de ser. En mi manera de hacer teología he intentado que resonaran voces antiguas o actuales que vale la pena hacer resonar. Se ha dicho – la imagen proviene de un teólogo que ha apreciado mucho y al que citaré más veces – que hacerlo no equivale a renunciar a asomarse al brocal del propio pozo sino que implica la voluntad de que nuestra voz se enriquezca con otros armónicos valiosos.<sup>5</sup>

Lo que he aprendido al tener que enseñar en un Instituto Superior como éste, no siendo yo alguien especializado en Teología pastoral (y sin posibilidad de ejercer tareas propiamente pastorales por la más que conocida restricción que dura a modo de objeción “de género”...) ha sido que, para anunciar la Palabra, hay que cuidar de que las nuestras sean lo menos inadecuadas posible y aceptar que son siempre palabras desproporcionadas. Que nuestro hablar ha

<sup>4</sup> Se trata de la observación de Edith Stein en su Autobiografía sobre la profundidad del recibir la realidad que implicaba la fenomenología de Husserl frente a la pretensión de determinar esa realidad propia del criticismo. (cit en F. Ochayta Piñero, *Edith Stein nuestra hermana*, Burgos 1991, 29).

<sup>5</sup> Así A. Gesché en una ficha de 1992 citada por B. Bourguine en “Adolphe Gesché et le Dieu inconnu”: *La Vie spirituelle* 808 (septiembre 2013) 413.

de ser a modo de una conversación en la que no falte oído para los acentos personales de los otros, los del mundo y el momento en que vivimos, ni capacidad de distinguir las varias inflexiones culturales, de manera que nuestro lenguaje traduzca de algún modo que la fe se vive en el tiempo y en culturas diversificadas, además de por sujetos siempre únicos.

No he dejado de tener presente que el Dios en quien creemos, “presente en su ausencia”, “un Dios que brilla por su ausencia”, “un Dios al que se puede olvidar” (J. Moingt) del que tan a menudo hablamos los que compartimos aulas como estas, es también el Dios de Jesús, que habita entre los que habitamos el mundo y “habita entre las personas ausentes de nuestra cultura” (C. Boerma). Tampoco he olvidado que el anuncio y la docencia han de tener en cuenta, ya en nuestros contextos, a gentes que en bastantes casos ignoran las palabras propias de la fe o guardan tan sólo una memoria lejana de lo cristiano. Las XXIV Semanas de Teología Pastoral que he podido seguir desde dentro han expresado muy bien esta necesidad de reconocer a Dios “presente como ausente” en nuestro mundo.

#### LA ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA

Al tener que desarrollar un programa como el de la Antropología teológica he aprendido que de los seres humanos hablan incomparablemente bien algunos textos bíblicos, los que expresan admiración y hasta extrañeza porque Dios “se acuerde” de nosotros, porque haya “impreso sobre nosotros la luz de su Rostro” (Sal 52). O porque nos ha creado “a su imagen” marcándonos con una huella indeleble. Que hablan bien –y sirven de glosa a esos textos mayores– los comentarios que se pueden encontrar, desde luego en los teólogos y en los espirituales: “humanidad tocada de divinidad (Juan de la Cruz), y en algunos poetas o escritores que se reconocen de alguna manera “marcados con su hierro”

Y no he olvidado algo que al estudiar humanidades aprendí: que en otros siglos y en otras culturas los humanos, para saber quienes eran, “han ido a llamar a la puerta de los dioses”, como se ha repetido en alusión al frontispicio del templo de Apolo en Delfos. Por eso me ha gustado recordar que de lo misterioso de lo humano –con su grandeza y límites– hablaron los poetas griegos, y que en el teatro de Sófocles sobresale Antígona, cargada de dignidad, de piedad y

coraje, una figura de lo mejor de la humanidad, más amable que el también trágico Prometeo: En aquel drama de Sófocles, ante el gesto de la que, a precio de muerte, da sepultura al cadáver de su hermano, el coro recita: “Cosa admirable es el ser humano...”. Algo que no suena muy distinto de los versículos del Salmo 8: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”.

Pero este es sólo un mínimo apunte, a distancia de los importantes trabajos que se vienen realizando sobre la inculturación de la fe y el diálogo intercultural e interreligioso

Como antes he anotado, he aprendido también que en ayuda del ser humano, digno a pesar de todo, viene una “antropología de lo imaginario”, es decir, nos revelan algo de quiénes somos algunos personajes literarios en los que se muestra lo más débil o lo más perverso, pero también la nobleza de nuestra humanidad, nuestra capacidad de compadecer, de perdonar, de amar en definitiva<sup>6</sup>.

Así, para comprender algo mejor lo que significan palabras primeras de la Antropología como “persona” o “dignidad”, he recurrido a veces al impresionante poema de Primo Levi, *Si esto es un hombre*, que ha dado nombre a uno de sus libros, donde el superviviente del *lager* expresa el extremo de humillación que los humanos somos capaces de infligir<sup>7</sup>. Pero también he leído varias veces en voz alta el relato de Eugene Evtuchenko, el poeta de la Revolución, que en su autobiografía recuerda la explosión de ternura de las mujeres rusas ante la fila de soldados alemanes vencidos y humillados. Las *matriuskas* les entregaron el poco pan negro que tenían en sus bolsos saltándose la barrera de guardianes porque “ya no eran enemigos, eran hombres”<sup>8</sup>.

Creo que estas y otras páginas pueden tomarse como documentos del humanismo del siglo XX, que son aportaciones a la causa de lo humano que vienen de otros campos y enriquecen el de la teología. Porque creo que a veces así se les puede aplicar aquello que suscribía también Santo Tomás: “La verdad, venga de quien viniere, viene del Espíritu Santo”.

Siguiendo con la Antropología teológica, resumiré mi aprendizaje en esta frase que puede titular el conjunto: “La Biblia es la

<sup>6</sup> Cf Antonio Blanch, *El hombre imaginario. Una antropología literaria*, Madrid 2<sup>o</sup> ed 1996

<sup>7</sup> Cf Primo Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona 2010, 9.

<sup>8</sup> Cf *Autobiographie précoce*, Paris 1963, 65-66.

antropología de Dios” (A. Heschel). Una sentencia que entiendo así: si Dios tuviera una biblioteca, en la sección de antropología estaría la Biblia. Pienso que algo semejante decía K. Rahner cuando negaba que su teología fuera sólo antropología sosteniendo que el Dios en quien creemos no ha querido ser sin nosotros y, correlativamente, que los humanos estamos “aprisionados” por el misterio de Dios. “Crear en Dios y en Cristo –ha resumido A. Gesché– es un modo de creer en el hombre” Y citando a Goethe - un clásico de las letras europeas que podría encuadrarse en aquella antropología de lo imaginario - suscribe que en su grandeza, lejos de disminuirnos, Dios nos quiere humanos “en re mayor”<sup>9</sup>. Al fin, como ha escrito E. Schillebeeckx al comienzo de su último libro tomando en serio las palabras de un niño: “Los hombres son las palabras con las que Dios cuenta su historia (...) ellos mismos son la historia de Dios en medio de nosotros”.<sup>10</sup>

A propósito de la cuestión de quiénes somos he aprendido también que hay quienes hablan de un nativo ser del hombre como “oyente de la Palabra” o “ser deseante”, con “un deseo irradicable” (A. M. Haas) Que hay otros que persiguen la incurable apertura o bucean en el innegable “deseo de bien incrustado en el fondo del ser”, un “fondo sin fondo”. Que las búsquedas transitan del enigma al misterio Y me ha parecido que, igual que los teólogos apuntan alto cuando hablan de ese “deseo de infinito”, acierta también un poeta que dice algo profundo de su condición cuando en *Salmo inicial* confiesa: “hombre de Dios me llamo / pero sin Dios estoy”. O cuando jugando con los sonidos otro menos conocido responde en una entrevista que “el hombre es hambre”<sup>11</sup>.

Para aprender y enseñar me han servido, por supuesto, tratados y trabajos de los que me han precedido en esta materia, relativamente reciente al haber reclamado su propio espacio en el cuadro de los estudios de Teología después del Vaticano II. Un concilio que condensó su preocupación antropológica en algunos números de *Gaudium et Spes* que he vuelto a leer y citar muchas veces en estos años.

<sup>9</sup> 9 Sobre lo indebido de plantear en concurrencia grandeza del hombre-grandeza de Dios, M. Zundel, *Otro modo de ver al hombre*, Bilbao 2002, 121-132.

<sup>10</sup> *Los hombres, relato de Dios*, Salamanca 1994

<sup>11</sup> Así J. M. Valverde, *Salmo inicial, Obras completas 1.Poesía*, Madrid 1998,127; Hugo Mújica. *Entrevista en Babelia-El País*, 17-03-2001.

Tengo que recordar, entre más, algunos libros señalados como de referencia básica: los de J. L. Ruiz de la Peña, F. Raurell, J- I. González, Faus, L. Armendáriz, y también los de W. Pannenberg y O. Clément, repetidamente anotados en las bibliografías que han acompañado los programas, así como los sucesivos de A. Gesché y M. Kehl, más recientes.

En ellos he valorado el intento de dialogar con otras antropologías y el cuidado de no reducir, sino de dejar siempre un espacio abierto a la pregunta por lo humano, realidad imposable, imposible de cercar en una definición. Alguien nunca a solas sino siempre en relación con los otros y con Otro. Volviendo una y otra vez sobre esos autores he sospechado que en ellos, junto con el esfuerzo por hablar con fundamento y orden de lo humano, está viva la conciencia de que las mejores respuestas que se pueden esperar son aquellas que agrandan la pregunta. Hay –se ha dicho con acierto– una “antropología negativa” como hay una “teología negativa”, un “apofatismo” también en el misterio de la persona, que es lo incomparable, lo inagotable, lo “sin fondo”. Así ha escrito por ejemplo O. Clément siguiendo a los Padres y maestros de la ortodoxia griega,<sup>12</sup>

Sólo a modo de paréntesis anotaré que he registrado una ausencia en los numerosos escritos “Sobre el hombre” que llenan los estantes de las diversas Antropologías en las mejores bibliotecas, incluidas las teológicas. Una ausencia que ahora mismo resulta significativa: importantes tratados y trabajos editados en decenios pasados no llegan a hacer suficientemente explícito que lo que se dice del hombre como ser personal es *del todo* referible a la mujer: “el otro yo de la humanidad común” (Juan Pablo II). Lo hice notar en unas páginas que escribí para el primer volumen de una colección dirigida por mujeres y que lleva por título: *Diez mujeres escriben teología*. Allí glosé el término “mujer”, nada pacífico ahora mismo en el terreno de los derechos, y que plantea preguntas a la epistemología y la antropología, más allá incluso de la conocida discusión sobre el “género”, Y allí mismo quedó anotado el hecho de que en la segunda mitad del siglo pasado las mujeres han enriquecido la producción teológica con su propia experiencia, comprensión y expresión. Un dato que no se debe ignorar y menos despreciar<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Cf *Sobre el hombre*, edición original 1972, traducción española Madrid 1983,32s.

<sup>13</sup> Cf *Mujer*, en: Mercedes Navarro, (dir.), *Diez mujeres escriben teología* Estella 1993, 199-232, esp.216-220; *Entre las humanidades y la teología*, en: Juan Bosch (ed.), *Panorama de la Teología Española*, Estella 1999, 237-238

En el contexto de la teología feminista la crítica de un lenguaje androcéntrico y la pretensión de un modo de hablar inclusivo han dado lugar a una larga discusión que afecta a la teología en general y, por supuesto, a la antropología teológica. Ciertamente el término “hombre” en nuestras lenguas es un término genérico, pero no faltan quienes reclaman una presencia expresa del término “mujer” o “mujeres” en el lenguaje oral o escrito a la hora de nombrar lo humano, aun a costa de redoblar cansinamente los sujetos en una frase. Sin entrar a valorar lo conducente de esa estrategia lingüística, creo que lo que urgente es reconocer que la fundamental igualdad de varones y mujeres ha quedado difuminada demasiado tiempo por culpa de exégesis ladeadas, por ciertas pretendidas verdades de la ciencia, y por inveterados usos sociales que han empañado el brillo de la imagen cuando asoma con rasgos femeninos.

Sin renunciar a una crítica todavía pendiente, como más adelante señalaré, lo que subrayaría ahora mismo es la necesidad de que hombres y mujeres trabajemos conjuntamente y sin tregua para que la dignidad de todos se haga cada vez más real, sin consentir indebidas restricciones por razón de “género”.

Cerrado este breve paréntesis y prosiguiendo con la Antropología, confieso que me ha sido útil el recurso a la literatura al que me he referido. Así, para decir algo de lo que significa sabernos creados, uno de los temas centrales de la Antropología teológica, acudiré a un poema de la premio Nóbel Wislawa Szymborska, a la que se ha considerado “poeta de las preguntas”, que refleja así la extrañeza al saberse única, existiendo en un cosmos sin bordes, aparecida después de millones de años y de múltiples eras geológicas: Se titula *Asombro* y fue escrito en 1972:

*“¿Por qué una demasiado única persona?  
 ¿En ésta y no en otra? ¿Y qué hago yo aquí?  
 (...)  
 Por qué sólo una vez personalmente?  
 ¿Precisamente en la tierra? ¿Bajo una pequeña estrella?  
 ¿Después de tantas eras de ausencia?  
 ¿Por crustáceos y moluscos?  
 ¿Precisamente ahora?  
 ¿Sola en mi conmigo misma?”<sup>14</sup>*

<sup>14</sup> El poema fue publicado en distintos medios, con algunas variantes, con ocasión de la entrega del Nóbel en 1996.

Valdrían también los versos de J. L. Borges en *De que nada se sabe*:

«La luna ignora que es tranquila y clara  
y ni siquiera sabe que es la luna;  
la arena, que es la arena. No habrá una  
cosa que sepa que su forma es rara  
(...)  
¿Qué arco habrá arrojado esta saeta  
Que soy? ¿Qué cumbre puede ser la meta?»<sup>15</sup>

Dejando fuera muchas cuestiones que puede suscitar un programa de Antropología teológica, me limitaré a recordar que la teología, según su formalidad propia, sin excluir abordajes a lo humano desde otros saberes, habla del ser humano en relación con el Creador y Salvador, de su dignidad inviolable y de lo que está llamado a ser, que es como decir que habla *in excelsis*. Sostiene que hay en él una condición nunca perdida que es la de ser “a imagen” y que sobre su rostro sombrea la sombra del Misterio.

En un párrafo que he subrayado en rojo escribe el teólogo belga que antes he citado: “Si el lugar originario de lo sagrado se encuentra en Dios (Santo), su lugar de visitación, de epifanía, se encuentra en el hombre, hecho a imagen de Dios, imagen invulnerable, inviolable.” Lo que hayáis hecho (tanto en bien como en mal) con el menor de mis hermanos, me lo habréis hecho a mí”. Esa es la grandeza del hombre (y la humildad de Dios)<sup>16</sup>.

Sucede además que, sin solución de continuidad, la antropología atiende a la dignidad y la presencia de otros en nuestro ser, y en nuestro llegar a ser más verdaderamente, de tal manera que se puede hablar de una “antropología relacional”. A este propósito, incluso desde las afueras de la teología, se vienen escribiendo páginas admirables que dejan atrás la propensión a cerrar la cuestión sobre el mero ser individuo “en sí”. Y hay páginas en las que un filósofo como E. Levinas parece haber rasgado con fuerza el papel para escribir sobre la llamada que llega desde “el rostro del otro”. Páginas que ayudan a comprender aquellas dos lejanas preguntas bíblicas: “Adán, ¿dónde estás?” Y “¿dónde está tu hermano? Preguntas que, como sabemos, enlazan con aquella que alguien dirigió a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”.

<sup>15</sup> *Obras completas*, v. III, Barcelona 1993, 407.

<sup>16</sup> A. Gesché, *Dios para pensar I. El mal. El hombre*, Salamanca, Sígueme 1995, 220.

Dios y el hombre “se intersignifican”, se ha dicho también. Años atrás subrayé en rojo unas líneas escritas por J. L. Ruiz de la Peña en un libro de base al que he recurrido con frecuencia para enseñar y aprender. Las cito como homenaje a su memoria:

“La afirmación incondicionada del tú humano equivale, según la fe cristiana, a la afirmación de Dios. Porque esa afirmación va más allá de la pura apariencia, se está intuyendo en el otro el tránsito enigmático del misterio por antonomasia que es el Absoluto a quien llamamos Dios. Se está haciendo, en suma, un acto de fe”<sup>17</sup>.

Para cerrar estos párrafos destinados a la Antropología, anotaré que no me ha resultado fácil hacer valer hoy términos como “pecado” y sobre todo “pecado original”, aunque la terrible cuestión del mal, ese agujero negro, parece haberse agrandado en el siglo pasado y sigue desafiando al pensar y, sobre todo, al actuar. También creo que la palabra “gracia” necesita ser tratada con cuidado para que recupere todo el arrastre bíblico, y para que apunte muy directamente a la misteriosa relación de Dios con los humanos a los que ama. Y con ellas términos como “sentido” y “salvación”, que entran de lleno en el programa de la Escatología, en el que voy a detenerme un poco porque ha supuesto para mi otro tramo en el itinerario de aprendizaje.

## LA ESCATOLOGÍA

Esperanza y Escatología ha sido los dos términos que encabezaban los cursos dentro de este Instituto de Pastoral. El desarrollo de este programa ha supuesto para mí seguir la pista de los que hablaban ya en los decenios previos al último Concilio de una “hermenéutica” o interpretación de los enunciados escatológicos. De hecho fueron varios teólogos que ya antes del Concilio estuvieron de acuerdo en la necesidad de proceder a esa relectura. No se les escapaba que el tratado tenía que ser renovado en profundidad, por lo que en un tiempo el despacho de la Escatología en las Facultades aparecía como “cerrado por obras”. Desde tiempo atrás, según el

<sup>17</sup> *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander 1988, 180-181.

decir irónico pero no falta de verdad, de un conocido estudioso de las religiones, era considerado “la caja de los truenos”.

El propio término *escatología* no parece funcionar como un reclamo sugestivo porque un viejo imaginario dura por debajo de cualquier empeño de renovar el lenguaje y en el caso de “los novísimos” o de las “cosas últimas” esto se puede verificar sin demasiado esfuerzo. No me detendré en el influjo que en ese imaginario han tenido representaciones de la historia del arte, sermones y catecismos, porque esto forma parte de estudios bien conocidos que llevan títulos tan expresivos como *La pastoral del miedo* o *El nacimiento del purgatorio*. No hace mucho al hacer un breve “Balance de 25 años de Escatología” para la Cátedra de Teología contemporánea del Colegio Mayor Chaminade, pude constatar que el esfuerzo de renovación en este campo no ha sido baldío<sup>18</sup>.

Con todo, tengo que añadir que, como la escatología hable del alcance de la esperanza llevada a los límites, aunque la esperanza sea “el lado más comunicativo de la fe” en la observación de algunos contemporáneos, no es fácil hablar de lo que como creyentes nos “atreveremos” a aguardar.

Ya Ch. Péguy decía que “la pequeña esperanza” de los humanos “extraña” al mismo Dios y Madeleine Delbrêl, que vivió en el ambiente comunista de la periferia de París en decenios del marxismo el alza ha escrito sobre esta dificultad:

*“Mucho nos duele  
tocar tan apáticos tu bella música,  
Señor, que día a día nos animas.  
Ir aun en el solfeo,  
En fase de esfuerzo ingrato.  
Caminar entre la gente  
Cargados, graves, extenuados.  
Ser incapaces  
En nuestro rincón cósmico,  
En el trabajo, las prisas, la fatiga, de difundir algo  
Que sepa a gracia y a gusto de eternidad”*<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Cf *Escatología. Balance*, en AAVV, *25 años de teología. Balance y perspectivas*, Madrid 2006, 391-403

<sup>19</sup> *La alegría de creer*, Santander 1992, 138 La cita, con algunas variantes, se puede encontrar en M. Kehl, *Escatología*, Salamanca 1992, 1.

Y nada menos que de Karl Rahner viene esta confesión:

*“Las imágenes del más allá que ahora poseo me estragan y llegan a empequeñecerme cuando pienso que solo en la muerte me adentrare en tu poder, en tu amor y en tu beatitud, sin saber cómo ocurrirá todo.*

*Incluso estas frases que acabo de proferir quedan como cautivas de la “analogía” o semejanza de aproximación.*

*Así pues, ¿es mi fe en el más allá, mi convicción en la resurrección de los muertos todavía demasiado poco corpórea?*

*Cuando llegue el día de la plenitud nos quedaremos sorprendidos de cómo todo será distinto a nuestras fantasías.*

*Ello será así porque la transformación final se adecuará sorprendentemente al actual estado de nuestro ser.*

*Mi espíritu y mi carne te regocijaron en Dios, mi salvador.*

*Y ya que en la eternidad no contara el tiempo, me es indiferente la consideración de si mediara alguna dilación entre la plenificación personal del espíritu y lo que llamamos resurrección.*

*Señor, yo espero en paciencia y esperanza.*

*Espero como un ciego a quien se le ha prometido la irrupción de una luz.*

*Espero en la resurrección de los muertos y de la carne”<sup>20</sup>*

Ahora bien, aceptada la dificultad de un lenguaje que no puede dejar de ser marcadamente simbólico si no quiere recaer en lo que el P. Congar llamaba una especie de “física de las realidades últimas”, en los trabajos que intentaron y siguen intentando aquella hermenéutica he aprendido que el programa de la escatología tiene un hilo conductor, un hilo rojo que es el arraigo en el hondón de nuestro ser, el dinamismo y el alcance de la *esperanza*. Y creo que este no es un término desgastado, sino un término con prestigio, una palabra que encuentra audiencia aun en el ambiente desesperanzado. Aunque no faltan quienes asocian cierta felicidad a la *desesperanza tranquila*, como sucede en algunos textos de A. Comte Sponville

A esa convicción responde el que en el título de los programas aparezcan asociadas “Esperanza” y “Escatología”. Además, si no faltan tratados renovados en escatología, los trabajos sobre la esperanza se han multiplicado en años recientes: basta recordar la “Teología de la esperanza” o las reflexiones que han publicado algunos profesores de este mismo Instituto. Y la esperanza enlaza bien con

<sup>20</sup> *Oraciones de vida*. Madrid, 1986, 199-200.

la pregunta y la búsqueda de sentido, otro tema repetidamente visitado también desde la psicología o la antropología actuales.

En mi experiencia, el aprendizaje de la Antropología teológica tiene una prolongación natural en la Escatología, en cuanto que ésta señala que somos seres de destino, atravesados por el vector de futuro que arriba a un Futuro de vida inagotable: "La semilla de eternidad que el hombre lleva en sí, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte" (*Gaudium et Spes* 18) "El instante está lleno de eternidad" (Isabelle Chaireire) y "La vida eterna es más una vida más allá de la vida que un más allá de la muerte".<sup>21</sup>

Como no se trata ahora sino de recordar brevemente algo de lo aprendido me permitiré traer algunas afirmaciones que he venido subrayando para uso personal y que a veces he leído en voz alta ante algunos de los que estáis aquí. Espero que, como se dice de la claridad, también su brevedad sea una cortesía para con los que tenéis la paciencia de seguir escuchando.

En primer lugar me ha ayudado saber de parte de buenos analistas que la Biblia es "el libro de la esperanza" (P. Beauchamp) pues como se lee en Rom 15, 4: "las Escrituras son consolación en la esperanza". "En la Biblia –la cita es de J. Moltmann– nos sale al encuentro la liberadora y peligrosa memoria de la esperanza"

Es obligado recordar que ya para Israel Yahvé es *El Dios de la Esperanza*, que según el Nuevo Testamento es el "que da vida a los muertos y llama a la nada a ser" (Ro 4, 17), que al fin "será todo en todos", una síntesis insuperable del alcance de *la mayor esperanza*. He querido empezar por valorar la capacidad y el don de la esperanza al abordar la escatología porque, como bien se ha dicho: "es porque Dios nos espera que podemos esperar" (M. Zundel). Y creo que se puede decir con verdad que, hasta la propia esperanza, esperamos.

En este centro de Pastoral se organizó no hace mucho una Semana cuyos trabajos se fijaron en la urgencia de "dar razón de la esperanza". Sin pretender mejorar aquellos contenidos, me atrevo a apostillar con voz prestada – es la de E. Brunner en el pequeño libro, *La esperanza del hombre*, hoy casi olvidado avisaba que "una Iglesia que no tiene ya nada que enseñar sobre el futuro eterno, no tiene nada en absoluto que enseñar, sino que está en bancarrota"<sup>22</sup>. La

<sup>21</sup> A. Gesché, *El destino*, Salamanca 2001, 100.

<sup>22</sup> Citada en J.A. Sayés. *Escatología*, Madrid 2006, 10.

advertencia se puede encontrar en tonos parecidos en teólogos más cercanos que han vuelto a recordar la tensión escatológica del mensaje cristiano y han desarrollado una “Teología de la esperanza”<sup>23</sup>

Añadiré sólo que apuntar a ese último horizonte implica trenzar las pequeñas esperanzas de cada día sobre el hilo rojo de la esperanza más alta: “No se tiene derecho –predicaba en los años setenta el P. Bro en Notre Dame de Paris– en nombre de la esperanza cristiana, a arrancar del corazón humano la esperanza temporal. Aunque sea imposible precisar el tiempo y el modo de nuestra liberación, todos tenemos necesidad –y necesidad desmedida– de saber que, desde ahora, el aspecto intolerable del mal puede desaparecer. No hay derecho a apartarnos de esta lucha. La verdadera esperanza cristiana no sólo no debe desmentir esta esperanza, sino que es su apoyo y su fuerza”<sup>24</sup>

Estas palabras pronunciadas con la energía propia de la ocasión debían sonar con el mismo timbre con que sonaron un decenio después algunos números de las constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes* dedicados a la Escatología. Textos en los que quedan márgenes por explorar sobre todo por el modo como se refieren a la resurrección y la transfiguración final de lo creado. A este propósito es indicativo el título del libro póstumo de J. L. Ruiz de la Peña: *La Pascua de la creación*.

En los planteamientos de estos decenios, contra las acusaciones de escapismo y de individualismo que se dieron a propósito de la esperanza de salvación cristiana, se subraya que la conjunción de la trascendencia del Dios del futuro con el futuro terrestre de los humanos se “realiza” en el compromiso por la transformación de la historia Y, como más arriba hemos apuntado, se subraya que la esperanza, siendo personal, es “para los otros”.<sup>25</sup>

En el programa de Esperanza y Escatología se abren preguntas que llevamos dentro y que plantean lo que es posible decir acerca de lo que nos aguarda una vez atravesado el umbral de la muerte. Y para mantener la voluntad de hablar con sobriedad acerca de lo que

<sup>23</sup> Cf J. Moltmann, *Teología de la Esperanza*, Salamanca 1977, 3ª ed 19-21; O. González de Cardedal, *Raíz de la esperanza*, Salamanca 1993 y AA VV *Dar razón de la esperanza hoy, XXI Semana de Estudios de Teología Pastoral*, Estella 2010.

<sup>24</sup> B. Bro, *Contra toda esperanza*, Madrid 1977, 33

<sup>25</sup> E. Schillebeeckx, “Algunas ideas en la interpretación de la escatología”: *Concilium* 41 (1969) 43-55.

es difícilmente formulable, sigue siendo imprescindible el recurso a textos bíblicos que reúnen concisión y densidad como sucede con el “estar con Cristo”, “estar con Señor” (Cf 1 Tes 4,17; Flp 1,23; 2 Co,5,8 ; Jn 14,3 y Ap 3,20).

A propósito de esta espera comenta Ruiz de la Peña: “A la postre esperamos no algo, sino a Alguien, al Absoluto personal, consustancial con Dios pero también con nosotros... Lo que el Antiguo Testamento presagiara oscuramente, a saber, que sólo puede ser última la primera palabra, se formula en el libro que cierra la revelación de forma lapidaria: el Verbo, alfa y principio, es omega y fin. El es, en verdad, nuestra esperanza y nuestro *éschaton*”<sup>26</sup>.

Cerca de los textos bíblicos están las afirmaciones de los Padres de los primeros siglos que defienden sin concesiones la fe en la resurrección. Así la insistencia de San Ireneo en que el Señor, cuya gloria es el que el hombre viva, es nuestra resurrección, y lo será de nuestra humanidad entera. O la concisión admirable de San Agustín en su comentario a los Salmos al decir que: “el mismo Dios será nuestro lugar”, a la que se puede añadir otra expresión suya que resume el anhelo y la certeza del esperar cristiano: “allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Allí sucederá en un fin sin fin”<sup>27</sup>.

Y vale la pena atender a ese “nosotros” del esperar cristiano que aparece en ésta y en otras fórmulas, pues una lectura más atenta de los textos bíblicos redescubre que la esperanza, siendo personal, es “para los otros” y sobre todo –se llega a decir– para los que no tienen esperanza. La bienaventuranza, ya en el entender de antiguos y medievales, tenía que ser un *socialiter gaudentes*, una impensable alegría compartida eclesialmente, en verdadera comunión y reciprocidad, si se me permite una versión aproximada<sup>28</sup>.

Junto a estas conocidas afirmaciones que apuntan en la dirección de un comienzo sin fin me ha gustado colocar, por cuanto dice de la dignidad de nuestro cuerpo, “cuerpo de gloria”, una breve frase del *Octavio* de Minucio Félix, escrita cuando el cristianismo no tenía templos y apenas otras imágenes de su Dios que no fueran los seres humanos: “Todavía tenemos que esperar la primavera de

<sup>26</sup> *La Pascua de la creación. Escatología*, Madrid 1996, 119.

<sup>27</sup> Ch Schutz, *Historia de la Escatología*, en: *Mysterium Salutis V*, Madrid 1989, 550-560.

<sup>28</sup> H. de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, edición original 1983, traducción española, Madrid 1988, 81-85.

nuestro cuerpo". Y, a distancia de siglos, reconocer esa primavera del cuerpo en los versos de J. M. Valverde que confiesan la esperanza de llegar con el suyo a los "llanos de Dios", donde:

"...seremos diferentes, claros, bellos,  
seremos los mismos sin embargo"<sup>29</sup>

En suma: siguiendo las páginas de tratados renovados he podido constatar que la Escatología no puede hacer a menos de palabras como "resurrección", "eternidad", "salvación", "vida bienaventurada" y "pascua de la creación". Palabras respetables en cuanto que sobre ellas gravita una aspiración imparables, aunque sean difíciles de glosar, como prueban los estudios que recientemente las repiensan y actualizan. Palabras que limitan con lo que la misma palabra "Dios" significa para los creyentes. De ahí que este tratado de la mayor esperanza no sea del todo separable del otro, el de Dios, tema mayor de la Teología. Y no lo sea de las esperanzas diarias, "jornaleras" y hasta "mendigas" como se las ha llamado en tiempos decepcionados de las utopías.

#### OTROS DOS RECORRIDOS

Terminaré este repaso por mi aprendizaje aludiendo a dos incursiones que tocan cuestiones pendientes: el laicado en la comunidad cristiana y las mujeres en el cristianismo.

De la primera recojo la advertencia de que, cuando se oye que es "la hora del laicado", tenemos que reconocer que se trata de una hora que dura ya demasiados años y que la eclesiología del Concilio espera desarrollos que hagan más verdaderas afirmaciones como las que se encuentran en números decisivos de *Lumen Gentium*. Todo lo cual no viene resultando tan fácil como quizá esperábamos. No sólo por ciertos *tics* clericales, sino porque lo que entendemos por secularización y por crisis de la fe no ha ahorrado a los laicos. Con todo, insistir en la corresponsabilidad de todos tiene mucho que ver con la comprensión de la Iglesia como una fraternidad que crea el Espíritu y que se extiende más allá de cualquier frontera como se agrandan los círculos en el agua.

<sup>29</sup> *Elegía del cuerpo*, en: *Obras completas 1. Poesía*, Madrid 1998, 146-148.

Para decir de la impresión que me ha causado la entrada en el segundo tema, el de las mujeres en el cristianismo, necesitado de nuevos desarrollos, utilizaré el título del libro de Michelle Perrot, que ha rastreado capítulos importantes de la historia de occidente: *Las mujeres o el silencio de la Historia*. Y para señalar lo que las mujeres han aportado a la historia de la experiencia cristiana me sirve la imagen de un continente sumergido y todavía en buena parte por hacer aflorar.

A lo que en los evangelios ha quedado atestiguado sobre las mujeres en el inmediato seguimiento de Jesús se ha aplicado el dicho evangélico: “la luz brilla en las tinieblas”. Para reconocer a continuación que, a pesar de las sombras de la represión y el olvido patriarcales, la luz no ha sido vencida<sup>30</sup>.

Es sabido que las resistencias, por prejuicios arcaicos y una prolongada desconsideración social y cultural, han amortiguado desde muy temprano lo incisivo del mensaje. Pero las “desterradas hijas de Eva”, que han estado siempre en la tarea de la trasmisión de la fe y en la diaconía de la caridad, desde hace unos decenios están levantando la voz con insistencia y sus reclamos no pueden ser desoídos en las iglesias. La causa de las mujeres – con sus expresiones a veces destempladas – ha sido y es, en el nivel profundo, una causa de humanidad y una manera de preparar los caminos del Reino<sup>31</sup>. En el lenguaje de tiempos conciliares se habló a este propósito de un “signo de los tiempos”. No es necesario que cite expresamente lo que en el n.11 de *Gaudium et Spes* se lee sobre la llamada de la Iglesia a escrutar e interpretar esos guiños del Espíritu en la historia. Y lo que más adelante –n. 29– se dice sobre lo injustificable de ciertas discriminaciones.

Por todo eso me ha parecido que contribuir a rescatar para los gruesos volúmenes de la historia del cristianismo nombres casi olvidados y reeditar sus escritos está siendo una obra de justicia. Y que empeñarse en otro reconocimiento y otra confianza para las mujeres en la comunidad cristiana es un modo de trabajar a favor de “la iglesia que Jesús quería” (G. Lohfink).

<sup>30</sup> Cf E.Schüsster Fiorenza, *En memoria de ella*. Bilbao, 1989.,310

<sup>31</sup> Marie Maugeret, fundadora de la *Société des Féministes chrétiennes* escribía en 1896: “Hay que recordar que todas las mujeres que han luchado por abrir el camino de la emancipación de la mujer han contribuido a *la preparación del Reino de Dios en este mundo*”

Por los autores/as y obras que he citado se pueden detectar algunos caminos que he seguido en este *enseñar aprendiendo*. Más aprender que enseñar, y siempre con un balance modesto.

Precisamente cuando pensaba en esta especie de recuento o balance me ha salido al paso una confidencia de Edith Stein que he encontrado citada en una antología de textos y que dice así:

“Y cuando llegue la noche y la revisión del día nos muestre que muchas de nuestras obras fueron fragmentarias y otras, que también nos habíamos propuesto, quedaron sin hacer y se despierta en nosotros una suerte de vergüenza y arrepentimiento, en ese momento habremos de tomar las cosas tal cual son, hemos de ponerlas en manos de Dios y abandonarlas a El. De es manera se puede descansar en El para, después de recuperarnos verdaderamente, comenzar el nuevo día como si fuera una nueva vida”<sup>32</sup>.

Edith estuvo siempre del lado de la verdad y no puedo dejar de considerar estas palabras suyas como un consuelo y un consejo altamente valiosos.

#### UN APRENDIZAJE EN COMPAÑÍA

Pero, antes de que comiencen para mí esos “nuevos días” tengo que terminar este relato de unos años de paso por las aulas añadiendo nombres propios. Son los de aquellos con quienes he hecho lo que los técnicos en didáctica llaman “aprendizaje participativo” y que prefiero traducir por “aprender de los otros y con los otros, o aprender en compañía”.

Empezaré por nombrar a los más jóvenes: Con los alumnos/as y de ellos/as he aprendido, por sus preguntas, por su atención silenciosa, por sus caras de extrañeza, por su somnolencia..., por sus dificultades también, que vienen con un deseo sincero, y algunos con experiencias muy dignas de aprecio, de ayudar a los demás. Que estudian –a lo mejor sin formularlo claramente y a lo peor no demasiadas horas– para no dejar que Jesús y su mensaje queden en el olvido. Que quieren prepararse para trabajar porque el evangelio fructifique en bien de todos, sobre todo de los más necesitados de

<sup>32</sup> Citado en F.J. Sancho Fermín, *Edith Stein. Una espiritualidad para nuestro tiempo*, Burgos 1998, 276 quien remite a ESW,V, Louvain-Freibourg 1959, 90.

algún bien. Esto es verdad en ellos, aunque el latín haya quedado muy lejos, el Concilio sea un acontecimiento del que oyen hablar con entusiasmo a profesores entrados en años y consideren del todo anacrónicos ciertos estilos clericales. Sin ignorar aspectos que preocupan hoy en la iglesia, la relación con numerosos alumnos y alumnas que se preparan para ser agentes de pastoral me ha disuadido de pensar que “cualquier tiempo pasado fue mejor”.

Por descontado, tienen un lugar entrañable en mi recorrido los colegas, algunos ya fallecidos, otros en el ejercicio de la docencia que compaginan con la práctica pastoral. Cada uno a su modo, con caracteres y estilos bien distintos, ha contribuido a que yo aprendiera algo de lo que significa la preocupación por comunicar humildemente dando razón de la esperanza. . Además, en mi lista de agradecimientos están los de los colegas de la Facultad de Salamanca, representados aquí por el Rector y el Vicedecano. Y todos cuantos han hecho posible este aprendizaje inacabado que espero proseguir, de algún modo, en la cercanía de este Instituto.